

respeto á Tiberio. Aquel Senado representante de la antigua aristocracia, que favorece los proyectos del príncipe contra ella y contra sí mismo, y el mismo Tiberio, causa del terror universal, que envejece en medio del temor recogido en su nido de Caprea, que consulta á los astrólogos sobre la duración de su vida, y tiembla lo mismo que aquellos á quienes hace temblar. ¿Cuál era, pues, la causa de aquel terror sin excepción, ilimitado?

El pueblo no temía una fuerza material poderosa. Diez ó doce mil pretorianos reunidos bajo los muros de Roma, gente que vivía en la crápula, fácil de comprarse, de ser vencida, ¿hubiera sido suficiente barrera contra una rebelión en tan vasta ciudad? Las legiones estaban dispersadas en las fronteras, dispersadas por la política que las temía más bien que contaba con ellas. ¡En sus filas habían buscado un refugio los hijos de Germánico!

Se dice que la multitud es mucho más inerte, y su influencia sobre la vida social mucho más pequeña de lo que se cree; porque siempre gobiernan los pocos. En algún país septentrional, con medios algún tanto artificiales, fué en apariencia, si no en realidad, llamada al gobierno una minoría más numerosa; pero al fin minoría. En Francia veréis que más fácilmente se da la ley que se recibe por la multitud; los derechos que esta tiene se ven despreciados por un mercado ó por un día de cosecha, y las salas de elecciones abandonadas á los procuradores y á sus clientes. En el Mediodía la doble facilidad de olvidar y de vivir, el placer del ocio, la carencia feliz de toda prevision, la vida solo del día, del momento, alejan al pueblo y le hacen extraño á esta vacía y farsáica vida política; países, si no me equivoco, poco aptos para ser gobernados por tales medios. Díganlo sino las impotentes revoluciones de España y de Italia, revoluciones pretorianas, hechas por un regimiento y deshechas por un batallón. ¿Y mientras tanto qué piensa la nación? ¿Qué hace? La nación está al extremo de la calle, echada en el suelo, si no puede tener otro lecho mejor; come sus macarrones, toma su chocolate, y fuma su cigarro si la revolución le deja alguno, y goza á lo menos de aquello que no la pueden quitar, de su hermoso sol; mira impasible la revolución que pasa, sufre sus consecuencias; pero no piensa en tomar parte en ella, y bien ó mal, siempre obra lo mismo.

Sin embargo, aun esto no basta para explicar la paciencia de veinte años, y aquel terror tan vil de todo un pueblo, ante un viejo deshonesto y decrepito, que á su vez temblaba delante del pueblo; en una multitud como la población del imperio, donde solo la de Roma, que era la parte fuerte é inteligente, era bastante numerosa para emanciparse por sí sola. Los mismos pretorianos en el curso de la historia parecen más dispuestos á rechazar á un competidor que á sofocar una rebelión. Tiberio, en medio de

todos aquellos temores, parecía que solo temía un asesinato ó una rebelión.

¿Cuál, pues, era la causa de aquel estado? Véase, según creo, el motivo fundamental. La antigüedad estaba basada sobre el principio del egoísmo nacional; del patriotismo en las repúblicas, del despotismo en las monarquías; no se creía que el despotismo, á pesar del significado que hoy damos á esta palabra, no produjese un género de heroísmo, propio suyo. Herodoto refiere que cuando Jérges, vencido en Grecia, huyó á su reino, se levantó una gran tempestad cuando atravesaba el mar: el piloto declaró que la nave llevaba una carga excesiva, y que la vida del rey estaba en peligro. El puente de la nave estaba cubierto de grandes de la Persia que habían seguido al rey. Á esta declaración unos después de otros pasaron delante del rey, inclinando su frente hasta la tierra y se precipitaron en la mar. En la pureza de esta adhesión, por absurda que sea, hay cierta grandeza que nos admira, y que (suponiendo verídicos á los dos historiadores) puede ciertamente compararse á la acción de Curcio, que con su famoso caballo se precipitó en el abismo.

En el seno y casi á la sombra de este egoísmo nacional crecían, por decirlo así, una porción de egoísmos parciales, de tribu, de casa, de corporación. En este egoísmo complejo se fundaba la existencia de la sociedad. El egoísmo nacional, aunque fundado en el espíritu de hostilidad y de guerra, en el odio á los extranjeros (*hostis* significaba extranjero y enemigo), estrechaba los vínculos de toda sociedad, les daba mayor unidad, y la concentraba con la exclusión de todo lo que era extranjero, y con las ideas supersticiosas que eran su principio; la agrupaba en las repúblicas al rededor de la aristocracia, en las monarquías al rededor del soberano, que era el núcleo, y como ya hemos dicho, la divinidad de este sistema. Por su parte el egoísmo de asociación ó de tribu, y sobre todo el más importante de ellos, el egoísmo de familia, establecía entre las diversas partes de la sociedad vínculos duros y sangüinarios, pero fuertes, que convergían todos hácia la unidad política. No es este el lugar oportuno para manifestar cuán imperfecto era este orden social, fundado en último análisis en la división y en el odio nacional, y de consiguiente en la guerra, en el exterminio y en la sangre; y cuán funesto era también en lo interior de las sociedades este sistema, que no reconociendo nada sagrado en la persona del hombre, no admitía ni los derechos, ni las razones que el súbdito podía presentar en contra de la República, y sacrificaba sin consideración alguna á la justicia, el hombre á la nación, á la tribu y á la familia; lo que si diré es, que este era el fundamento de todo orden social antes del Cristianismo, y que tampoco podía ser otro.

Las conquistas romanas destruyeron este

fundamento. Los egoísmos nacionales, por decirlo así, fueron fundidos todos en el gran egoísmo romano; por lo menos descendieron al nivel de la escasa gloria de alguna pequeña ciudad. Al mismo tiempo, Roma que había elevado este egoísmo nacional á una altura mucho mayor que cualquier otra ciudad; Roma, cuya aristocracia concentraba á su alrededor las fuerzas de la sociedad, en la cual los egoísmos parciales, y principalmente el de familia, eran mucho más poderosos que en cualquier otra parte; Roma, extendiéndose demasiado, dejó escapar la primer malla de aquella red tan unida, y relajó en su mismo seno los vínculos del egoísmo nacional, del mismo modo que los rompía en los demás pueblos. De tal manera se quebrantó la antigua base de la sociedad romana, y faltó al mundo antiguo la base, en que, aunque viciosa, se sustentaba; y de aquí provino aquella agonía de cuatro siglos.

Pero al mismo tiempo cada egoísmo de sociedad se descomponía en egoísmos individuales. La enseñanza de la filosofía era indeterminada y sin fundamento; las narraciones religiosas, confusas y pueriles, de modo que no podían establecer entre los hombres ningún fuerte vínculo. La misma familia, que era considerada por los antiguos como una unidad política y rigurosa, más bien que como una asociación santa y natural, la misma familia no poseía ya bastante poder para conservar estos vínculos. No había unión entre los individuos, sino un completo aislamiento. Esta falta de toda unión, esta anulación de todas las relaciones, aun de familia, está probada de un modo terrible por Tácito. Nosotros no podemos formarnos idea de aquella época; porque todo lo que podamos imaginar de individualización, de relajación en los vínculos sociales, no es nada en comparación de lo que había; y una prueba de ello es, á mi parecer, la unidad excesiva del poder.

Estando, pues, todos divididos, todos eran débiles; y por lo tanto todos tenían miedo; y aquí está todo el secreto de aquellos tiempos. Cada uno sentía la falta de apoyo. En tal situación, el primero que ataca tiene una inmensa ventaja, porque ostenta su fuerza, mientras que los demás sienten su debilidad. Entonces cada uno piensa en sí solo, y se ve anticipadamente solo enfrente de este enemigo, él tímido y el otro audaz, él débil y el otro fuerte; y no piensa más que en estarse quieto, en estar en paz y en salvarse hoy; mañana ya verá lo que sucede. Por lo tanto, el primero que se ve atacado, permanece solo, todos le abandonan. Tal era aquel tiempo, como nos lo dice Tácito: el temor había roto todas las relaciones sociales; ninguno pensaba en que le llegaría su turno; no defendían á los demás, y por consiguiente no eran defendidos. El sentimiento común que nos impulsa á apagar el fuego aunque no llegue hasta nosotros, cedía al temor del momento. Entonces hubiera sido una virtud sublime, no diré la caridad desinteresada, la caridad cris-

tiana, sino el egoísmo solidario, el egoísmo nacional que socorre á los demás para ser socorrido en cambio á su vez.

No debe admirarnos el poder y la universalidad de este terror. El miedo desde el momento en que nace, crece; se tiene miedo del miedo que se ha tenido; se tiembla porque se ha temblado; se hace traición porque se ha hecho traición; el simple ciudadano denuncia porque ha denunciado ayer; el Senado condena porque ha condenado. Preferido ya el sistema del temor al de la resistencia, no se puede menos de marchar por el mismo camino; de esta manera algunos delatores consiguieron hacer temblar á un pueblo entero.

Y obsérvese una cosa: el primer instrumento de Tiberio era el Senado; es decir, el cuerpo que más le amenazaba, que más le odiaba, que más le hacía temer un asesinato. Además, el Senado era el centro de todos los que Tiberio deseaba ver procesados; de los nobles más distinguidos, de los más ricos, de las personas más célebres. Cuando le era pedido alguno de sus miembros, el Senado temblaba; pero los iba entregando uno después de otro; esperando quizá que la avidez del tirano se saciase; y cada uno se creía demasiado afortunado porque no le había llegado su vez (1). De este modo se ponían en manos de Tiberio y se hacían la guerra á sí mismos el Senado y la aristocracia; y no hay nada tan característico de aquella época como esta sencilla observación de Tácito: « Por entonces murió Pison y ¡cosa extraordinaria, teniendo tanta fama, murió en su lecho!

Tal era la sociedad, tal el pueblo y tal el Senado. Pero dirijamos nuestra vista al rey del temor, á la causa de tanta desconfianza y al mismo tiempo al que más temía en todo el imperio: observemos al monstruo en su prisión, tan fortificada por él que apenas podía salir de ella.

En el seno del mar de Nápoles, á tres millas de la costa, enfrente de las riberas de toda la Campania, aun más hermosas, dicen los antiguos, que lo que la hizo después el Vesubio, se elevaba Caprea, prisión por fuera, y lugar de delicias por dentro; roca escarpada, desde cuya cima se descubrían doce ciudades edificadas por Tiberio en honor de los doce númenes mayores, las termas, los acueductos y las galerías. Este rincón de la tierra, protegido por el mar del rumor del continente, por el Monte Solano de los rigores del frío, había sido ya muy grato á Augusto, que vivió en él cuatro años. Después de Tiberio le habitó también Nerón; ambos, aunque tiranos, amantes de las bellezas naturales. En la gruta Azurra se encontraron los restos de los baños de Nerón. La sensualidad romana, que nada dejaba escapar,

(1) Fueron acusados juntos Asinio Polion, el hijo de Viniciano, Apio Silano y Escáuro Mamerco, todos de noble casa, y algunos de ellos altos dignatarios. Temblaron los senadores, porque ¿quién no había tenido relaciones ó amistad con tan ilustres personajes? Tácito, VI, 9.

había hecho un subterráneo para llegar al mar, y experimentar el placer de un baño incomparable, en esta maravillosa gruta. Al aproximarse á la isla, se dudaba poder llegar á tierra: lo escarpado de la roca no dejaba mas que un solo punto accesible á los barcos. Allí había una guardia; por la cual era fácil conocer que cerca estaba el príncipe.

Hacia mucho tiempo que este había abandonado á Roma, porque una ciudad tan grande no era para él. De aquel movimiento y de aquella vida se elevaba un sordo murmullo que le reconvenía por sus crímenes. Ya era una carta que le tiraban á su sitio en el teatro; ya era la atrevida invectiva de un condenado en medio del Senado; porque los condenados, que eran los únicos libres, se atrevían á decirlo todo. Un día fué un testigo, hombre sencillo, deseoso de hacer bien, el cual creyendo que nunca podría decir lo bastante, puesto delante de los senadores y de Tiberio, á pesar del embarazo de este y de las reconveniones de aquellos, repitió desde el principio hasta el fin, y palabra por palabra, todo lo que se decía en Roma secretamente contra el príncipe. Desde entónces Tiberio abandonó á Roma, evitando las acusaciones, y también la adulación que le era insostenible, haciendo apartar rudamente por sus soldados á la población cortesana que iba á humillarse delante de él, y prohibiendo con un decreto que turbasen su reposo.

Fuera ya de Roma, los astrólogos habían dicho que no volvería á entrar en ella: y efectivamente, pasaron así once años hasta su muerte. No se crea que en Roma había dejado de tomar precauciones para su seguridad: había hecho decretar vergonzosamente á los padres *conscripti*, que le acompañaría una guardia en el Senado; había dispuesto también que al entrar los senadores fuesen registrados (1). Los senadores se bajaron á todo, y no tuvieron ni aun la triste recompensa de ver á César en medio de ellos.

Tiberio se aproximó á Roma (no sé por qué causa), yendo por caminos extraviados, como para observar á este enemigo. Tampoco sé qué causa le alejó de ella. Estaba á la distancia de siete millas y veía á Roma, cuando murió una culebra favorita suya picada por una multitud de moscones. «Temamos la multitud, porque es poderosa,» fué el augurio que sacó de este hecho, y se volvió á su segura y deliciosa mansion de Caprea.

Si á través de las guardias y de los espías, con riesgos de la vida, penetráis hasta él, veréis un horrible viejo con el rostro cubierto la mitad de úlceras, y la otra mitad de emplastos, calvo, encorvado, de fétido aliento, con grandes ojos de gato que ven de noche, taciturno, adusto, de continente soberbio, consumido por monstruosas disoluciones, triste, sentido á la mesa para acabar de embriagarse y

(1) DION., I, 58.

de disputar con los gramáticos, sus buenos amigos, sobre aquellas cuestiones de que hemos hablado al principio, sobre los cabellos de Febo, ó la edad de los caballos de Aquiles, ó hablar en voz baja y seriamente á Trasillo, para que por la noche salga á la gran torre á leer en los astros.

Trasillo era un Griego que Tiberio había conocido en Ródas. El futuro emperador compraba, permítaseme la palabra, un astrólogo; pero tenía un modo extraño de probarles. Los conducía á su casa por altas y espantosas rocas, seguido solo de un liberto. Desde el tejado de su casa observaban los astros; Tiberio consultaba y el astrólogo respondía: pero si creía que la respuesta era errónea ó engañosa, á la vuelta, cuando descendían por las mismas rocas, el liberto, hombre de gran fuerza, precipitaba al astrólogo en el mar. Cuando fué Trasillo, Tiberio le preguntó primero su horóscopo. Trasillo le predijo que obtendría la corona, y según se dice, toda su vida futura. ¿Y tu horóscopo? le pregunta Tiberio. Trasillo examina de nuevo el cielo, duda, palidece, observa de nuevo, parece sorprendido, espantado, y por último, exclama que en aquella hora le amenaza la muerte. La desconfianza de Tiberio no pudo resistir esta prueba de la ciencia, y le abrazó, se alegró de su exactitud en adivinar, le dió seguridades y le hizo su amigo y oráculo.

Trasillo, como el astrólogo de Luis IX, dominaba con el terror en el ánimo de su señor, y obtuvo hasta la libertad de algunos prisioneros. Tiberio, que no creía en la Divinidad sino en el destino, tenía miedo del trueno, y en los días de tempestad se cubría la cabeza de laurel; no tenía mas religion que su astrolabio. El fatalismo era la enfermedad de su siglo, uno de los principios de su disolución, causa fecunda de las peores supersticiones ateas.

El príncipe está melancólico. Un día recibe una carta del rey de los Partos, en la que aquel impolítico soberano le dice: «Eres un monstruo, el verdugo de tu familia: la mejor acción que puedes hacer, es darte la muerte con tus propias manos.» Y Tiberio escribe al Senado: (Es imposible traducir bien la bárbara oscuridad de esta frase, que en un hombre que no carecía ni de razón ni de alguna fuerza de ánimo, debe hacer creer que estaba perseguido por los remordimientos.) «Padres conscriptos, que los dioses y diosas me hagan morir de un modo mas cruel que aquel con que me siento morir todos los días, ni sé qué os escribiré, ó cómo os escribiré, ó finalmente si os escribiré.»

Pero aun no basta esto. El príncipe está próximo á la muerte. Su salud largamente conservada cede finalmente á los continuos desórdenes de su vida; además ya es viejo y casi decrepito. Pero si padece, si está melancólico, si le acosan los remordimientos, lo oculta cuidadosamente, y dice: «Volved á poner la mesa, echad vino; el banquete no duró bastante.»

Un día en el anfiteatro quiso tirar una jabalina contra un jabalí, y la fuerza le hizo caer al suelo. «No importa no quiero ningún médico:» después de los treinta años solo un imbécil puede tener necesidad de ellos.» Porque nadie debe saber lo que pasa en su cuerpo ó en su alma. Los festines y el teatro no bastan, y al borde del sepulcro se entrega á inauditos placeres. Aquel viejo repugnante y encorvado, á quien demuestran aborrecimiento las mujeres á costa de su vida, busca placeres disolutos que no se pueden describir; así como no pudieran imaginarse ántes de saberlos.

César tenía cuidado de la justicia. Y si la había en Roma, no la había ménos en Caprea; si se acusaba en el Senado, no se acusaba ménos en el palacio del príncipe. Pero en este sitio había un refinamiento en los tormentos, desconocido en Roma: en vez del simple lazo del verdugo, había en Caprea una serie de padecimientos cruelísimos, después de los cuales los culpables eran arrojados al mar. Y no solo entregaba Tiberio á semejantes tormentos á los acusados, si no á los que él convidaba, á los que se sentaban á su mesa. Había llamado á su lado, impulsado solo por la amistad, á un hombre que había sido huésped suyo en Ródas; llega este hombre, es preso y puesto en el tormento, y Tiberio para ocultar su error le manda dar muerte. Aquel miserable *formado de fango y de sangre*, como había dicho muy bien uno de sus preceptores, de veinte consejeros que había elegido al principio de su reinado entre sus antiguos amigos, apenas dejó con vida mas que dos ó tres: estaba próximo á entregar su alma y aun mandaba matar; y por último, cuando en un festín un enano situado detrás de él con los demas bufones, le dijo: ¿Qué haces de Paconio? ¿por qué vive tanto? al principio le mandó callar; pero en seguida escribió al Senado, para que pusiese mano en el negocio de Paconio.

Entretanto venían de las provincias desagradables noticias. La Galia se había rebelado; el Oriente estaba desordenado; los Frisios declaraban la guerra impulsados por la avidez de los gobernadores romanos; los Partos ocupaban la Armenia; los Dacios y Sármatas la Mesia; mientras que Tiberio ajusticiaba y se embriagaba en Caprea, se rompían los vínculos que unían las partes del imperio. Después de la muerte de Druso había ido perdiendo continuamente su cuidado por los negocios públicos, y se había apoderado de él el amor al dinero. Las provincias estaban sin gobernadores, mientras que él desconfiaba de todos, no nombraba á ninguno, ó bien desconfiando del electo, no le dejaba partir. Todo su cuidado era disimular el mal, curando la enfermedad del imperio como la suya, y temiendo sobre todo dar demasiado crédito á un hombre permitiéndole hacer la guerra. Por lo demas, esta apatía era comun á todos. Algunas veces se quejaba Tiberio de que los hombres mas ca-

paces de mandar los ejércitos rehusasen este cargo, teniendo él que humillarse á suplicar para encontrar hombres consulares que quisieran aceptar los gobiernos. Es verdad, sí, que Tiberio no daba tribuno á las legiones, y que Aruncio, á quien hacía diez años que había nombrado gobernador de España, estaba desde entónces encarcelado en Roma, víctima de una acusación. Pero, ¿quién había de reconvenirle por esta negligencia? cuando cada uno solo pensaba en su peligro en Roma, ¿quién había de tener cuidado del remoto? Cuando sucedió la rebelion de Sacrovir, que sublevó dos naciones galas, corrió la voz de que se habían rebelado sesenta y cuatro Estados de la Galia; que los Germanos habían sido invitados á aliarse con ellos, y que la España vacilaba. Estos rumores eran falsos; pero lo presente era tan triste que muchas personas los oyeron con alegría. «Por fin se ha encontrado (decían) uno que con las armas y con la guerra interrumpa la sangrienta correspondencia de Tiberio y sus delatores.»

La debilidad de este poder tiránico es verdaderamente una cosa maravillosa, terrible de cerca ó impotente de lejos. Las provincias estaban mal defendidas, los ejércitos descuidados, no había nadie dispuesto á reprimir al primer Español ó al primer Galo que quisiese rebelarse. Y así preguntaban irónicamente si Sacrovir iba á ser acusado en el Senado como culpable de lesa majestad.

Conviene saber cuál era la independencia de un general que estaba lejos de Roma y era querido de las legiones. Uno, acusado de haber querido casar á una hija suya con el hijo de Seyano, escribía á Tiberio: «No pensé emparrantar con Seyano, por consejo mio, sino tuyo. Yo puedo engañarme como tú, y no es razón que el mismo error sea reprehensible en uno y funesto en otro. Si nombras á un sucesor, le acogeré como una amenaza de muerte.» Tratemos; quédate dueño de todo lo demas y déjame mi provincia.» Y Getúlico, que era el general acusado, conservó el favor. Tiberio, viejo y aborrecido, no se atrevía á nada donde no alcanzaba la mano de sus verdugos; y además, dice Tácito con mucha verdad, conocía que su poder estaba basado en una ofuscación, mas bien que en una fuerza real. Y es muy natural que así lo creyese. Tiberio había establecido su gobierno sobre el aislamiento y el temor. Al principio le hizo seguir esta política el amor al poder, y después un sentimiento de odio universal y el temor por su propia vida le hicieron llevar su sistema hasta el extremo. Sabía que estaba amenazado por todas partes; no se trataba ya de política ni de gobierno, lo único que allí había era una lucha entre él y los asesinos que creía le rodeaban siempre. Su poderío no consistía, como el de los demas soberanos, en la fuerza y regularidad de la administración, ó en el poder y fidelidad del ejército, ó en la adhesión obligada y constante de